

menestrales atraídos por lo módico de los honorarios, que aún así se les antojan caros.

Hubo que recurrir entonces á trabajar á horas extraordinarias, por la noche, que acudir á copiar pliegos de un notario, que apenas si le dejaban nada por el coste de la luz encendida hasta altas horas.

¡Un año de martirio salvado por el muchacho con admirable resignación, privado en buena juventud de cuanto atrae á la florida primavera de la existencia! ¡Y gracias si había logrado al fin reunir el cupo de alumnos fijado para vivir!

Todas estas consideraciones, pasaban por la mente de la madre y habían dejado caer una sombra en su rostro. El hijo habíase sentido arrastrar sin duda por los mismos negros recuerdos que permaneció un instante en silencio con la cabeza baja. De pronto se levantó y dijo con recogido tono y cariñoso acento:

—¡Madre! No le permito á usted ponerse triste. Lo pasado, pasado. Ahora ya somos hasta ricos, puesto que podemos costear una criada de treinta reales que abra la puerta. Con los chicos actuales, lo justo, y el que posee lo justo no debe quejarse nunca. Conque mañana á almorzar á la fonda del Comercio para celebrarlo.

En aquel momento tiraron de la campanilla y enseguida entró la criada anunciando:

—La mamá de Juanito López.

El chiquitín tan listo que en solo un mes habíase puesto casi á la altura de los mayores.

El joven le había tomado desde que le recibió en la escuela un verdadero cariño, descubriendo en él precocidad extraordinaria, entendimiento muy claro y gran afición al estudio.

—Con el tiempo será el número uno de la clase,—pensó el maestro.—Ahora vendría la madre á pagarme la mensualidad. Estaban en los primeros días. La costumbre era que cada niño trajese el dinero envuelto en un papel, pero iba transcurrida la primera semana sin que el rapaz hubiera satisfecho el importe.

De paso quería enterarse de los adelantos del pequeño. Y el maestro se fué al despacho á recibirla.

Unos minutos duró la conferencia. Cuando el joven tornó al comedor traía una cara tan sombría que su madre se levantó asustada, preguntándole:

—¿Qué ocurre?
—Ocurre que otra vez está desvelado el presupuesto. Han dejado cesante al padre de Juanito López y su madre venía á anunciarme que retira al niño de la escuela porque no puede pagarla. ¡Calculate! ¡El mejor!

—¿Y tú que le has dicho?—le preguntó su madre con anhelo.

—Qué... replicó titubeando el maestro, —que siga mandando al chico. ¡Sería una lástima que por falta de dinero lo dejase!

Lo que habrá que suspender el almuerzo.

No pudo acabar. Su madre se le había colgado del cuello y le dijo con voz conmovida.

—Has hecho bien. Enseñar al que no sabe es una caridad. Ya vendrían más chicos y ya llegará día en que vayamos á almorzar al Lhardy.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

OYEME

(FRAGMENTO)

—Ven, acércate ¿tiembles? ¿sientes frío? ¿quieres dejar de ser mi dulce amiga? Hablemos como hermanos, dueño mío, pero recuerda bien lo que te diga.

—Cual oía que su espuma se deshace en lágrimas se truecan mis enojos;

no soy yo, es tu conciencia la que hace callar tu lengua y humillar tus ojos.

—Amor es fuego, que vivir no quiere por igual en dos pechos donde halaga, crece un corazón, en otro muere, el uno enciende, cuando el otro apaga.

—Si viera en los dos, si amor profundo consiguiere igualar nuestros anhelos, pudiéramos gozar en este mundo las dichas reservadas á los cielos.

—Cual poderoso imán, nuestras miradas cuna de seductoras ilusiones, lograron despertar enamoradas la vida en nuestros tristes corazones.

—De mi pasión juzgádate segura, de realizar tu afán buscando el modo, llegaste á quererme con locura, y fui yo para tí, luz, alma, todo.

—Halagados por dichas, que hoy me faltan, tu amor fué para mí prenda querida, una ventura más, de esas que esmaltan la edad más placentera de la vida.

—Pensar no pude en mi locura extrema una amarga verdad, que el alma hiere, pues quien juega con fuego al fin se quema, y aquel que á hierro mata á hierro muere.

—Hoy, que mi pecho por tu amor se inflama y es grande y es voraz el afán mío, aun apaga de tu amor la llama las nieves de la duda y del hastío.

—Quiere en vano encender el alma mía sentimientos que en tiempo desprecia; quedan cenizas donde fuego ardía; quedan recuerdos donde amor se hallaba.

—Tus cariños se fueron alejando, cual golondrinas en ardiente estío y dejando el calor del nido blando la nueva aurora lo encontré vacío.

—Por falta de experiencia, mis desvelos, á mi fe demostraron desde niño, que se apaga el amor donde no hay celos y son los celos hijos del cariño.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

El hogar y la escuela.

Si buscamos el origen de nuestras desdichas nacionales, si analizamos la causa del desequilibrio intelectual que se nota en nuestro país, iremos á parar á la escuela y de ella al hogar.

Todo es hablar de cultura, de ciencia y de progreso; pero nadie quiere marcar el verdadero, el único camino, que puede conducirnos á la perfección del hombre y que debe ser el desideratum de toda sociedad.

Una sociedad no se transforma con predicar una serie de ideales regeneradores desde la prensa y la tribuna; ésto sólo produce fuertes sacudidas en la opinión, pero no es ni puede ser la base donde descanse el organismo de una perfecta sociedad. Los pueblos que van á la cabeza del progreso, como Inglaterra, Bélgica y Alemania, supieron hallar el verdadero origen de su bienestar material, debido únicamente á la superioridad de su instrucción. Descendieron hasta la escuela primaria, para difundir por todos los ámbitos de sus estados una enseñanza sólida y positiva, y se esforzaron para que el hogar doméstico marchase de común acuerdo con la escuela, á fin de que los tiernos escolares de ambos sexos hallasen en el seno de la familia la misma atmósfera que en la clase y el mismo afán de saber y de prosperar.

Conocieron que la escuela debe desarrollar el corazón y el cerebro de los alumnos, abriéndoles el primero á todos los sentimientos humanitarios, altruistas y generosos, y el segundo á todas las luces del conocimiento humano, y

dando á la escuela la categoría de templo del saber, la sublimaron á los ojos de su país, para que todos se creyeran honrados con frecuentarla. Allí se cuida con extraordinario esmero la primera enseñanza, allí se trabaja para destruir el analfabetismo y extender por todos los ámbitos de la nación, los conocimientos más indispensables para ganarse el pan cotidiano con alguna facilidad, y como esto se viene haciendo desde muchos años, el hogar se ha convertido en una sucursal de la escuela, donde el niño completa y robustece los conocimientos que ha recibido en las horas de clase, y al lado de sus padres aprende á ser laborioso y perseverante.

Intil es decir los excelentes frutos que ha dado en los países septentrionales de Europa esta íntima unión, este hermoso enlace del hogar y la escuela. Todas las geografías, todas las estadísticas, nos enseñarán la riqueza de dinero y de conocimientos que atesoran Bélgica é Inglaterra, y más aún Alemania, la tierra estudiosa por excelencia.

No, la reforma apetecida, la regeneración anhelada de la infeliz patria nuestra, no vendrá, porque no puede, de las altas esferas. No hay leyes, no hay decretos que ilustren y robustezcan una raza estragada y abatida; es preciso sembrar y sembrar mucho para conseguir alguna cosecha, y toda vez que es imposible trabajar para hoy, se debe trabajar sin tregua ni descanso para mañana.

Los niños de ahora serán dentro de poco hombres, y se hallarán en la misma perplejidad, en las mismas dudas en que nos hallamos nosotros, si no les allanamos el camino dándoles una instrucción abundante y sólida, como se prodiga en los países cultos.

En países como el nuestro, en que todo es eventual, hasta el poder; en que es imposible por lo mismo esperar nada de arriba, porque no hay deseos de trabajar para el porvenir, la iniciativa particular debe suplir en lo posible la inercia oficial; esta iniciativa particular que siempre está provista de sentido práctico, debe multiplicar las escuelas, montándolas á la moderna, esto es, alejándolas de la rutina, y haciéndolas capaces de producir hombres perfectos, ciudadanos dignos y obreros infatigables; debe empujar á los gobiernos para que tomen parte en esta verdadera campaña de regeneración aumentando las escuelas primarias existentes y montando otras especiales, de artes y oficios, de industria, de comercio, de idiomas; donde el pobre pueda hallar gratuitamente todos aquellos conocimientos que le son indispensables para prosperar.

Cuando se haya hecho esto diez años consecutivos, cuando la juventud española sepa leer, escribir y contar correctamente, el nivel intelectual de la masa se levantará por sí sólo, y el hogar será, como debe ser, el digno complemento de la escuela.

Por que en un país haya gente ilustrada y estudiosa, no se debe creer que el país sea estudioso é ilustrado; hay que acudir á la lista de los analfabetos y después analizar la instrucción que se da en la escuela y la educación social que se recibe en la familia.

Si queremos preparar á nuestros descendientes una vida más productiva que la nuestra y un nivel moral é intelectual digno de la época en que viviremos, debemos procurar con el mayor esmero que nuestros hijos reciban una instrucción fructífera y copiosa, haciendo al propio tiempo lo posible para que en el hogar paterno hallen á cada punto el auxilio necesario y el estímulo correspondiente para perseverar en la carrera del saber.

Las riquezas se pierden y los conocimientos quedan, y la práctica de la vida nos enseña á cada paso que los conocimientos son siempre las llaves con que se guardan los tesoros improvisados.

M. M.

EL PALADÍN HERALDO

(DE LUIS UHLAND)

De su hueste á la cabeza
Iba el paladín Heraldo,
Al resplandor de la luna
Una selva atravesando.
Las conquistadas banderas
Ondean al viento manso;
El himno de la victoria
Repite el monte cercano.
Pero, ¿quién susurra y gime
Entre el frondoso arbolado,
Y agita y besa las flores
Y se columpia en los tallos?
¿Quién desciende de las nubes,
O surge del río claro,
Y danza entre los guerreros
Y detiene los caballos?
¿Quién canta con tal dulzura?
¿Quién acaricia tan blando?
¿Quién las espadas y lanzas
Arrebató de las manos?
¿Quién los guerreros cautiva
Y anuda con dulce lazo?
¿Quién en pos de sí los lleva
Sin darles tregua y descanso?
De las sílfides ligeras
Es el ejército alado,
Contra quien armados no valen
Y resistirse es en vano.
Hacia el reino de las hadas
Los de la hueste volaron,
De las sílfides cediendo
Al fascinador encanto,
Los corceles sin jinetes
Van por el bosque vagando;
Lanzas y escudos se miran
Por el suelo derribados.
Todo de acero vestido,
De la luna al tibio rayo,
Heraldo triste cabalgando
Por el bosque solitario.
Allí fresca y cristalina
Mana el agua de un peñasco,
Y el héroe desmonta y bebe,
Sirviendo el yelmo de vaso.
No bien apaga la sed,
Siente faltar los brazos:
Las piernas no le sostienen:
En la peña se ha sentado.
Reposa el héroe en la peña,
Hace ya cien y cien años,
Con la cabeza inclinada
Sobre el pecho, y encespado,
Y luengos cabello y barba;
Cuando en la selva relámpagos
Brillan, el trueno retumba,
Brama el viento y cae el rayo,
El paladín que dormita
Su espada empuña soñando.

JUAN VALERA.

LIBROS NUEVOS

Verdad, por Emilio Zola.—Edición francesa.—Un tomo de 749 páginas.—Fasquelle, editor.

Hay dos modos de considerar este libro: leyéndole tal como está escrito, sin buscar las segundas de su autor; leyendo entre las líneas con el recuerdo de la causa más ruidosa del final del siglo XIX, y reemplazando los nombres ficticios con los efectivos, que nadie ha olvidado todavía. La primera manera parece la única aceptable, si se atiende á lo natural y lógico, y no se recurrirá aquí á otra. Con efecto, el lector (que la palabra crítica no se ajusta con estas sencillísimas notas) no puede ver en la obra sino lo que en ella le narran, y, siendo extranjero, por deber de cortesía y prudencia, consistente en no meterse en casa ajena sin ser llamado, no ha de ver otra cosa que el cuento, ni ocuparse en más que su mérito literario y filosófico, si lo tiene. No conviene olvidar que si las cuestiones de humanidad son universales, cuando esas cuestiones se truecan de su primitivo sentido y se hacen nacionales, se convierten, por lo mismo, en particulares; y si no indiferencia—pues ¿cómo podría existir en